YA NO ES IGUAL

Cuando en el mes de abril de 1896 el rey Jorge de Grecia declaró inaugurados los Primeros Juegos Olímpicos de la Era Moderna se inició una nueva y trascendental etapa en el mundo del deporte.

Para llegar a ese día mucho tuvo que luchar Pierre de Freddi, Barón de Coubertain, cuyo objetivo era restaurar aquellos Juegos de la Antigüedad en beneficio de la juventud del mundo, para lo cual citó, en múltiples oportunidades, a los clásicos griegos que alababan las virtudes de aquellos hombres que tomaban parte en las competencias atléticas dentro del programa olímpico.

Los objetivos del movimiento olímpico son promover el desarrollo de las cualidades físicas y morales que constituyen la base del deporte y reunir a los atletas del mundo cada cuatro años, a fin de potenciar el respeto y la buena voluntad que ayude a construir un mundo mejor.

Ya, desde aquel entonces, se abogaba por un deporte limpio, puro, lejos del mercantilismo, cuyo objetivo principal fuese la ejercitación del cuerpo y la mente; competir en un ambiente de paz y fraternidad.

Durante el siglo XX el deporte se extendió por todo el mundo y las diferentes disciplinas y modalidades se organizaron en torno a federaciones nacionales e internacionales, e instauraron sus propias competiciones. Poco a poco, lo que comenzó siendo una simple forma de ejercicio físico se convirtió en una actividad a tiempo completo y profesional.

Hoy ya no se compite por ejercitar el cuerpo y la mente como forma de alcanzar una mayor calidad de vida. Hoy el deporte es una forma de vida, un negocio del que se benefician muchos y no sólo los deportistas.

Para competir y alcanzar récords, los deportistas tuvieron que prepararse de forma metódica e incluso científica. En todos los deportes se aplicaron las más avanzadas tecnologías y trabajaron los mejores profesionales para mejorar el entrenamiento de los atletas y diseñar los materiales de competición.

Comprometidas con sus principios fundadores, las autoridades deportivas internacionales se opusieron insistentemente a la profesionalización del deporte, rechazando la idea de recompensar económicamente las victorias deportivas. Pero en la década de 1960, el golf, el tenis y el automovilismo dieron el paso decisivo y superaron el tradicional espíritu amateur del deporte.

El temor a que el concepto monetario entrara en el vocabulario deportivo fue superado de forma progresiva ante las cifras que el deporte comenzó a generar por los ingresos procedentes de la publicidad y de los derechos de televisión: el deporte profesional había dado paso al deporte espectáculo y éste, a su vez, al deporte como sector económico.

Los Juegos Olímpicos celebrados en Los Ángeles en 1984 fueron financiados enteramente por empresas patrocinadoras y los derechos de retransmisión adquiridos por las cadenas de televisión señalaron simbólicamente la entrada en una nueva era. El deporte como actividad económica adquirió una importancia planetaria y sus protagonistas se convirtieron en héroes e ídolos de masas. El fútbol en Europa y Sudamérica, y el baloncesto, el béisbol y el fútbol americano en Estados Unidos, se transformaron en auténticos fenómenos sociales.

No obstante, el hecho de que los deportistas reciban premios "*en metálico"* no es malo en sí, pues en definitiva lo que hacen es recibir un salario por la actividad a la que dedican la mayor parte de las horas del día, con la consecuente separación familiar, el esfuerzo denodado y la renuncia a otros placeres.

Sin embargo, la proliferación de casos de dopaje y hasta de violencia hacen recapacitar acerca del rumbo que el deporte toma cuando excede su propia esencia.

El dopaje ha estado presente en todos los deportes y espacios geográficos. Este fenómeno existía ya después de la II Guerra Mundial, pero las revelaciones efectuadas en la década de 1980 contribuyeron a sacarlo a la luz pública.

Desde los segundos Juegos Olímpicos de la era moderna, celebrados en París en 1900, no ha cesado de aumentar el número de países y atletas participantes.

Construido para los Juegos Olímpicos de Verano del año 2000, el estadio olímpico de Homebush Bay, situado a 14 km de Sydney (Australia), es el lugar central del Parque Olímpico. Fue diseñado para proteger a los atletas y a los espectadores de la luz directa del Sol gracias a una inmensa cubierta, fabricada con policarbonato translúcido, suspendida de un gigantesco arco que se extendía sobre el estadio.

En algunos países como las ex Unión Soviética y la República Democrática Alemana el dopaje sistemático y controlado de los deportistas se había convertido en una práctica habitual.

No obstante, el famoso caso del atleta canadiense Ben Johnson fue un hecho demostrativo de que el dopaje no conoce fronteras. Sin duda éste flagelo es uno de los máximos enemigos del deporte, en tanto que pone en peligro la salud de los atletas y vulnera sus más esenciales valores éticos.

En la segunda mitad del pasado siglo, otro fenómeno inquietante surgió alrededor del deporte: la violencia generada por aficiones rivales en el interior y en el exterior de los estadios. El más trágico ejemplo de esta lacra se produjo en la final de la Copa de Europa de 1985, celebrada en el Estadio Heysel de Bruselas, cuando murieron 39 personas tras los enfrentamientos entre hinchas radicales británicos e italianos.

A eso se une el hecho de las recientes muertes de futbolistas en pleno terreno de juego, lo que hace suponer que éstos están sometidos a cargas de entrenamiento por encima de sus capacidades físicas, a lo que se une un exigente calendario competitivo que lleva muchas veces a viajes que atraviesan el océano Atlántico más de una vez a la semana.

Hoy ya no se compite por ejercitar el cuerpo y la mente, como forma de alcanzar una mayor calidad de vida. Hoy el deporte es una forma de vida, un negocio del que se benefician muchos y no sólo los deportistas.

Quizás la lección más hermosa la dieron los finalistas de los 100 metros en las Olimpiadas Especiales de Seattle, Estados Unidos, hace ya algunos años.

Ese día, cuando sonó el disparo y salieron aquellos adolescentes “especiales”, uno de ellos se cayó y comenzó a llorar. Sus “rivales”, cuando se dieron cuenta, detuvieron la carrera, regresaron y lo tomaron de la mano y juntos caminaron hasta la meta ante los sorprendidos aficionados. Al final uno de los competidores dijo la frase clave: *“Lo importante no es llegar primero, sino que todos lleguemos a la meta”.*

Hoy, cuando el deporte ha perdido sus valores iniciales, luchemos por rescatarlos promoviendo en los jóvenes auténticos sentimientos de solidaridad, respeto a los rivales y deseos de practicar el deporte en función de ejercitar nuestro cuerpo y nuestra mente para alcanzar una mayor calidad de vida.